

## **MALOS TIEMPOS PARA EL PACIFISMO**

*José Luis Gordillo*

El 20 de diciembre de 2012, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 2085 en la que se daba luz verde a una intervención político-militar en Malí que, según la citada resolución, debería ser liderada y protagonizada primordialmente por fuerzas africanas, en especial por la CEDEAO (Comunidad Económica de Estados del África Occidental). La intervención comenzó el 10 de enero de 2013 pero fue Francia quien asumió el liderazgo de toda la operación. El presidente francés, François Hollande, requirió y obtuvo de inmediato la solidaridad de sus aliados de la OTAN y de la Unión Europea, España entre ellos.

La intervención consistió, al igual que en Afganistán, en atizar el fuego de la guerra civil existente en ese país por la vía de apoyar a un bando en contra del otro al que se descalifica motejándolo de “terrorista” o de “patrocinador del terrorismo” para, de este modo, intentar ganarse el apoyo de la opinión pública occidental. Un argumento característico de la muy ideológica guerra contra el terrorismo. El aparato de propaganda francés añadió que se intervenía por petición del gobierno de Bamako, gobierno que es el resultado de un golpe de estado auspiciado por las mismas autoridades francesas. La invocación a la legalidad internacional tuvo un carácter más bien secundario y es fácil entender por qué: Malí es uno de los países más pobres del planeta y no ha atacado a Francia ni a ningún otro país y, por tanto, no constituye ninguna amenaza a la paz y la seguridad mundiales.

Según diversos analistas<sup>1</sup>, la causa material de dicha intervención es la protección de los intereses de diversas empresas occidentales dedicadas a la extracción y comercialización de recursos energéticos como el uranio, el gas o el petróleo. Más en concreto, se trata al parecer de proteger sobre todo los intereses de la empresa Areva, la cual suministra combustible nuclear a las centrales atómicas francesas

---

<sup>1</sup> Ver: Ramadan, T. “Le Mali, la France et les extrémistes” en <http://www.journaldumali.com/article.php?aid=5816>; Martial, P. “Malí: el por qué de la intervención imperialista de Francia” en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=5615>; y también Dinucci, M. “La strategia della tensione” en <http://www.voltairenet.org/it>.

después de haberlo extraído, entre otros lugares, del sur de Níger, esto es, muy cerca de la frontera con el norte de Malí.

Ni en diciembre ni en enero del año en curso hubo protestas significativas en España y en Europa ante lo que a todas luces es una nueva guerra colonial para asegurar el suministro energético de Francia y de otros países occidentales.

¿Por qué se acepta tan pasivamente una nueva guerra colonial que comportará destrucción, muerte y el despilfarro de millones<sup>2</sup> de euros? ¿Por qué no hay una rebelión generalizada contra una intervención que persigue garantizar el suministro de uranio a un tipo de centrales cuya peligrosidad es ya manifiesta para todo el mundo tras lo ocurrido en la central japonesa de Fukushima en la primavera de 2011?

La pasividad frente a esta última intervención es coherente con la escasa movilización pacifista de 2012. Esa poca actividad no se ha debido, sin embargo, a una hipotética desmovilización general de la población; todo lo contrario: 2012 ha sido un año movidísimo en el que cientos de miles de personas han ocupado calles y plazas para protestar pacíficamente (es realmente admirable el carácter no violento de todas las movilizaciones) contra los recortes de sus derechos sociales. No obstante esto, en España las movilizaciones específicamente pacifistas se han limitado a la anual marcha contra las bases militares de Rota, Morón y Gibraltar, el 28 de octubre, y a algunas manifestaciones y concentraciones de solidaridad con Palestina en la tercera semana de noviembre, a raíz de un nuevo ataque israelí a Gaza, así como algunas acciones puntuales de tipo testimonial, como las llevadas a cabo por el KEM-MOC de Bilbao y el Centro Delàs de Investigación por la Paz de Barcelona, consistentes en la sustracción de un casco de una exposición militar y sendas intervenciones de denuncia en las juntas de accionistas de los grandes bancos españoles que invierten en la industria de armamento y el comercio de armas (dentro de una campaña que dura ya más de un lustro contra la “Banca armada”).

---

<sup>2</sup> Doce días después de su inicio, la operación había costado ya 30 millones de euros. Ver *Le Monde*, 23 de enero de 2013.

Esa escasa actividad pacifista es comprensible pero no justificable. Es evidente que la lucha contra los recortes sociales absorbe la mayor parte de la energía militante porque aquellos amenazan la supervivencia material de millones de personas. Sin embargo, si pensamos en las alternativas a la actual ofensiva neoliberal necesariamente deberemos echar una mirada al mundo y a los condicionantes internacionales que pueden facilitar o entorpecer su aplicación. El éxito o el fracaso de las luchas sociales depende en una medida nada despreciable del contexto internacional en el que aquellas tienen lugar, especialmente en esta época de economía globalizada.

El Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST) lo explicaba muy bien hace unos cuantos años cuando recomendaba en sus *mandamientos para aprender a ser ciudadano*<sup>3</sup>: “Tendrás una preocupación permanente por tu formación profesional, política, ideológica y ética, y procurarás estar al día sobre lo que sucede en el mundo, desarrollando de esta forma una visión internacionalista de las luchas y de las posibilidades de los cambios sociales.”; y también: “Pensarás y actuarás con libertad, pero con una libertad que no se ejerza sobre la esclavitud de los otros” .

En una parte sustancial de la gente que se moviliza en defensa de la sanidad, la educación y la vivienda (derechos básicos, irrenunciables e innegociables, por supuesto) parece latir una especie de programa de mínimos cuyo contenido básico se podría resumir en la frase “volvamos a 2006”, esto es, luchemos por volver a la situación social anterior al estallido de la crisis financiera. Ese es también el programa del neoindependentismo catalán de derechas, el cual defendería una variante de lo anterior que se podría formular así: “separándonos de España conseguiremos volver a 2006”. Este sector de la población coincide con el punto de vista del economista Paul Krugman, para el cual todo se arreglaría si básicamente se abandonasen las políticas de austeridad y se aplicasen políticas de corte keynesiano. De esta forma se reemprendería la senda del crecimiento económico y con él la resolución de la mayor parte de los males sociales actuales.

---

<sup>3</sup> Cit. en E. Prat (ed.), *Pensamiento pacifista*, Icaria, Barcelona, 2004, pág. 54.

No es jugar a Casandra recordar la obviedad de que una recuperación del crecimiento económico en los países ricos provocaría una subida inmediata del precio del petróleo y de otras materias primas, así como un aumento de la emisión de los gases de efecto invernadero. También se intensificaría la lucha desesperada por el control de los recursos escasos entre las grandes potencias (USA, UE, China, Rusia, etc.). Volver a la situación de 2006 implicaría, pues, acelerar la crisis energética, el cambio climático y el ritmo de las intervenciones político-militares de los países de la OTAN en Oriente Medio, Asia Central, África y en cualquier otro lugar del mundo del que se pueda extraer recursos energéticos.

Las matanzas de Afganistán, Iraq, Libia, Siria o Malí son inherentes al modus vivendi occidental. Esta afirmación asusta a las almas bellas, las cuales, antes que abrir los ojos y darse de bruces con la realidad descarnada del imperialismo militar occidental y los costes en vidas humanas del estilo consumista y despilfarrador de sus sociedades, prefieren creerse las mentiras de la propaganda bélica occidental como, por ejemplo, que Estados Unidos fue atacado por el “terrorismo internacional” el 11 de septiembre de 2001 o que las potencias occidentales intervienen en Afganistán, Somalia, Libia o Malí para “luchar contra el terrorismo”, “luchar contra la piratería”, “implantar la democracia”, “proteger a la población civil”, “proporcionar ayuda humanitaria” o “liberar a las mujeres”.

En el verano de 2011 irrumpió en Israel un movimiento de *indignados* que también protagonizó acampadas, ocupaciones de plazas y manifestaciones masivas contra los recortes sociales. Sin embargo, su indignación era tan limitada que no incluía la terrible situación en la que vivían y viven los palestinos de la Franja de Gaza y de los territorios ocupados de Cisjordania. Para aquellos indignados lo que les pudiera pasar a los palestinos les resultaba indiferente. Al perder de vista el contexto internacional en el que se enmarca la presente crisis y al desentendernos de los muertos generados por nuestro estilo de vida, ¿no estaremos imitando el mal ejemplo de los *indignados* israelíes?

Hace más de un siglo Eduard Bernstein, un afamado dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán, afirmó que el fin último que perseguía el socialismo no le importaba nada porque lo relevante era el movimiento en sí mismo: “Admito con franqueza que tengo poca sensibilidad o interés en lo que usualmente se denomina el objetivo final del socialismo. Este objetivo, sea cual fuere, no representa nada para mí, el movimiento lo es todo”<sup>4</sup>. Hay muchos inconscientes seguidores de Bernstein entre los núcleos de activistas impulsores de los movimientos sociales. Éstos a menudo olvidan que las movilizaciones necesitan orientación, programas de acción política, organización y también mucha pedagogía acerca de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde vale la pena ir. No se trata de volver a Lenin (aunque la relectura de su *¿Qué hacer?* siempre es provechosa), pero sí al menos a Rosa Luxemburg.

Es urgente y necesario luchar por una sociedad radicalmente diferente a la que existía en 2006 y que no por casualidad desembocó en la crisis financiera de 2007-2008. Sin embargo, eso no ocurrirá de forma espontánea. Un mundo mucho más igualitario, pacífico y ecológicamente sostenible sólo será posible si las poblaciones se lo proponen como objetivo consciente.

---

<sup>4</sup> Cit. en Sassoon, D., *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona, 2001, pág. 42.